

Malvinas I

Por Hernando Kleimans

Hace treinta años, en la lluviosa medianoche del 1 al 2 de abril, quien suscribe se encontraba en las oficinas de la agencia EFE en Buenos Aires, esperando la noticia. Sabíamos que de un momento a otro, el capitán de navío Miguel Pita daría la orden y los comandos y la infantería de marina de la Armada Argentina comenzarían el desembarco en Malvinas.

La historia comenzó en diciembre de 1981, cuando Leopoldo Fortunato Galtieri, presidente militar nombrado por la sangrienta junta que había tomado el poder en la Argentina seis años atrás a costa de treinta mil muertos, visitó West Point en los Estados Unidos y escuchó cómo ponderaban allí sus dotes castrenses y lo comparaban con el general George Patton.

La dictadura comenzaba a hacer agua por sus costados económicos y sociales, los militares pensaban resolver el asunto con alguna acción espectacular. No les alcanzaba con la represión. En las vísperas del dos de abril, en las principales ciudades argentinas se habían enfrentado grandes manifestaciones convocadas por la central obrera y los partidos políticos, con tropas policiales y del ejército. Más muertos, más heridos y más desaparecidos no resolvían, por lo visto, el tembladeral institucional provocado por el golpe de estado.

Varios meses antes, la “recuperación” de Malvinas ya había sido elegida para derivar tensiones. Los estrategas norteamericanos comprendieron de inmediato las implicancias del plan y alentaron al “general majestuoso” como llamaron a Galtieri, un mediocre ingeniero militar, alcohólico, educando de la tenebrosa Escuela de las Américas en Panamá, donde los EE.UU. entrenaban a los futuros dictadores latinoamericanos.

Algunos medios casi “underground” se animaron a publicar de inmediato la noticia en Buenos Aires, ganándose de esa forma su clausura anticipada. Pero lo cierto es que para fines de marzo, el plan estaba listo para su ejecución. El capitán Pita había sido llamado desde su puesto de agregado naval en Londres. El almirante Horacio Zaratiegui asumía el mando de la base austral de Tierra del Fuego. Los dos únicos altos oficiales argentinos que pasaron su entrenamiento en el Almirantazgo británico. El teniente Alfredo Astiz y el capitán Pedro Giacchino, dos bestiales represores y asesinos, encabezaban los comandos que desembarcarían los primeros en las islas Georgias del Sur y Gran Malvinas.

A fines de marzo y principios de abril, la Unión Soviética ponía en órbita ocho satélites de la serie “Cosmos”, de doble propósito, que comenzaban a monitorear todo lo que ocurría en el Atlántico Sur.

En esos mismos momentos, en la isla Ascensión, un pedazo de tierra firme en pleno Océano Atlántico, la base naval norteamericana aprestaba sus depósitos y equipos para recibir una armada camino al sur...

En enero de 1976 el lord Shackleton, a bordo del buque de exploración RSS Shackleton, de la armada británica, culminaba su misión en el Mar Austral, relevando los ingentes recursos de hidrocarburos e ictícolas de la región. En esa oportunidad, el destructor argentino "Almirante Storni" lo había corrido a cañonazos y obligado a refugiarse en Puerto Stanley. Pero este aristócrata geógrafo egresado de Oxford, último descendiente de una connotada prosapia palaciega y accionista de varias importantes extractoras, ya había determinado la inicial existencia de crudo por más de 30.000 millones de barriles en la cuenca Malvinas, además de su gran potencial de pesca.

La ocupación inglesa del archipiélago en 1833 comenzaba a justificarse por su importancia económica y estratégica. El gobierno de Margaret Thatcher, la "Dama de Hierro", agregaba a esta circunstancia la necesidad, él también, de distraer la atención pública inglesa de los graves problemas que enfrentaba su economía, traducidos en huelgas, descenso industrial, asfixia financiera, etc...

En los primeros años de la década del 80, en plena lucha contra el "imperio del mal" reaganiano, liderado naturalmente por la Unión Soviética, la OTAN había diseñado un nuevo mapa mundial, atado con precisión al dominio de los recursos naturales, los principales de ellos hidrocarburos y agua. Los actuales acontecimientos en Medio Oriente confirman esa metodología. En especial, tomando en cuenta que esos recursos no son renovables, que en su gran mayoría se encuentran en la "periferia" mundial y que, posiblemente, en esa "periferia" la opinión pública no esté demasiado dispuesta a aceptar el saqueo.

Las fuerzas militares "de respuesta rápida", como se las dio en llamar, no han sido más que destacamentos policiales armados hasta los dientes y entrenados para retener o conquistar esos recursos naturales. Llámese esto el Cáucaso, Irak, Venezuela, Libia o el Atlántico Sur.

Pero como todo proceso político, interno o externo, existen dos partes que se interactúan y luchan entre sí. Dialéctica. De modo que, cuanto más medios invirtieron los países del "centro" para retener esos recursos naturales de la "periferia", tanto más se fue deteriorando su propia economía. Los periódicos estallidos de las burbujas financieras no son otra cosa que el tributo a esa política económica basada en la aventura y la insensatez. Al menos, brillantes economistas, tan contrapuestos entre sí como Joseph Stirlitz y George Soros, lo fueron advirtiendo desde aquellos tiempos.

A propósito, este juego de grandes intereses estratégicos constituyó el daño principal para el régimen soviético, empeñado en respaldar, por contraposición, a las fuerzas nacionalistas de los países emergentes. ¿Alguna vez sabremos a ciencia cierta cuál fue el dinero que la URSS "invirtió" en logística, armamentos, equipos, especialistas, etc. en Angola o Mozambique, en Cuba, Nicaragua o en Perú, en Afganistán o en Siria?

El ex investigador soviético Daniel Estulin habló en su momento de un fantástico gobierno mundial basado en el “Club Bilderberg”, una reunión anual a la que sólo se asiste por invitación y donde en la práctica no se aceptan mujeres. En este cerradísimo grupo se inscriben ministros y jefes de gobierno, banqueros, expertos en defensa, financistas y líderes políticos de todos los países centrales. Desde 1954, según la teoría conspirativa de Estulin avalada por el propio Fidel Castro entre otras personalidades, el “Club Bilderberg” fija las estrategias mundiales de los grandes centros del poder económico.

Margaret Thatcher fue una de las asiduas concurrentes a las reuniones del grupo, en lujosos hoteles y complejos turísticos cinco estrellas, a las que la prensa tiene vedado el ingreso. En 1982, en su reunión en Sanderfiord, Noruega, uno de los temas principales fue “la crisis de las Falkland Isles”...

En la última reunión, realizada en junio de 2011 en Saint Moritz, de Rusia sólo fue invitado el magnate metalúrgico Alexéi Mordashov. De China sólo dos invitados. Del resto del grupo BRICS ninguno. Lo mismo que de América Latina...

Denis Healey, fundador del grupo y miembro del comité directivo durante más de 30 años, aceptó: "Decir que estamos luchando por un gobierno mundial es exagerado, pero no completamente desacertado".

A las 2 de la madrugada del 2 de abril de 1982, los comandos del Batallón II de Infantería de Marina argentina capturaron la escasa guarnición inglesa de Port Stanley, que a partir de ese momento comenzó a llamarse Puerto Argentino. Casi 150 años antes, el episodio había sido a la inversa.

Desde el espacio exterior, varios “Kosmos” soviéticos registraban todo el episodio. Habían sido puestos en órbita en vísperas de la ocupación argentina de las islas. Todavía falta por conocer quién informó exactamente a Moscú sobre la fecha del desembarco.

En Buenos Aires, uno de los primeros visitantes diplomáticos al “general majestuoso” fue el embajador soviético Serguéi Striganov. Según algunas fuentes inobjectables, el diplomático ofreció todo tipo de ayuda militar siempre y cuando la Argentina dejara de entrenar a los “contras” en Nicaragua. La propuesta fue rechazada. La Agencia TASS ya había advertido la orientación “pronorteamericana” de Galtieri y su respaldo total a la acción de los instructores militares argentinos en el campo de la “contra” nicaragüense.

Sin embargo, la guerra de Malvinas comenzaba a modificar la geopolítica del momento. Más allá de la demencial, criminal decisión de la junta militar, el conflicto bélico en el Atlántico Austral fue uno de los factores desencadenantes de nuevos procesos internacionales que, a la postre, condujeron a la consolidación de nuevas fuerzas mundiales y a la decadencia de imperios que hasta el momento parecían indestructibles.